

**RETIS, Jessica et al.** (2010): *Los informativos diarios en BBC y TVE*. Madrid, Ediciones de la Torre, 221 páginas.

Cuenta Kapuscinski en su *Lapidarium IV* (2003: 35) una experiencia personal que más de una vez ha podido vivir cualquier espectador de televisión mínimamente reflexivo. Se refería el periodista polaco a un viaje a los Estados Unidos, allá por 1997. En el hotel, según cuenta, se descubrió adicto a una droga hasta entonces desconocida para él: la irrelevancia televisiva.

La televisión de aquí: un mejunje ligero y alegre. Se cuentan chistes, se entregan premios, todos se elogian mutuamente [...]. Todo está convertido en una papilla fácil de digerir y baja en calorías, en un placebo inocuo. Aquí, la historia no tiene garras ni cadenas, no enferma de rabia ni muestra manos manchadas de sangre. Se reduce a saltar -incesante, vertiginosa y apabullantemente- de un tema a otro, cuando la noticia del nacimiento de una pantera pequeña en un zoo californiano sucede a una breve relación del entierro de tres norteamericanos asesinados en Karachi, y luego, de repente, aparece un panel con los resultados de la última ronda de la liga de baloncesto que se juega en Arizona [...].

Todos los días, a la hora de desayunar, veía el programa matutino de televisión. Al principio lo hacía con indiferencia, pero al cabo de varios días algo terminó por fascinarme tanto que empecé a dedicarle dos horas enteras. ¿Qué cosa de aquel programa era lo que atrapaba tanto?, me preguntaba. Y, finalmente, lo descubrí: después de horas de ver la pantalla, mi conocimiento del mundo era exactamente el mismo que en el momento de encender el televisor. Entre el momento de encenderlo y el de apagarlo habían pasado dos horas. Durante aquellas dos horas, en la pantalla del televisor no paraban de suceder cosas. Pero ¿qué había sucedido? ¿Qué cosas? No lo sabía.

La meditación Kapuscinski, lejos de ser banal, nos conduce a dos preguntas esenciales en relación con los informativos de televisión. Primera pregunta: ¿para qué sirven? Y segunda cuestión: ¿para qué podrían servir? Quizá convendría matizar este último interrogante para que se comprenda mejor la diferencia en relación con el primero: ¿para qué deberían servir, en el mejor de los casos, esos informativos de televisión?

Comprueba Kapuscinski que existe un modelo de informativos en televisión cuya aspiración máxima es entretener a la audiencia. Hasta el punto de llegar a ocultar la realidad sin dejar de mostrar fragmentos de ella, como sugería Pierre Bourdieu (*Sobre la televisión*, 1997: 25, Barcelona, Anagrama): “El principio de la selección es la búsqueda de lo sensacional, de lo espectacular. La televisión incita a la dramatización, en un doble sentido: escenifica, en imágenes, un acontecimiento y exagera su importancia, su gravedad, así como su carácter dramático, trágico”. O, en sentido contrario, explota la banalidad hasta límites casi grotescos. Lo fundamental es que el mensaje resulte atractivo. Y, en consecuencia, rentable.

Cabe plantearse si existe otro modelo periodístico de televisión. Y cabe además enlazar esa cuestión con la segunda pregunta que se formuló antes: ¿cómo debería ser ese modelo alternativo para lograr la mayor calidad posible en los programas informativos? Este es el punto de partida implícito de una investigación que ha

desembocado en libro. El Grupo de Investigación de la Televisión Pública (GIPET) ha realizado entre 2006 y 2009 un interesantísimo estudio comparativo sobre las televisiones públicas de España y Reino Unido. Una idea central de este trabajo es el concepto de “servicio público”, destacado ya en el primer capítulo del texto (pp. 15-37). A falta de una definición precisa y rigurosa, podría explicarse esta idea delimitando bien qué no ha de ser, en ningún caso, una televisión de servicio público. No puede ser entretenimiento y banalidad. No puede ser simple rentabilidad económica. Y, en tercer lugar, tampoco ser un instrumento de propaganda política.

“La BBC -explican Agustín García Matilla y Jéssica Retis (p.15)- ha vivido siempre en democracia y TVE nació y vivió sus 20 primeros años en dictadura; la BBC fue concebida para informar de manera ponderada, no dejándose influir por el Gobierno en el poder y manteniendo una equidistancia con respecto a Gobierno y Oposición; TVE fue instrumentalizada, también en democracia, para servir sistemáticamente al partido en el poder”. La comparación entre ambas, continúan los autores, puede resultar chocante si se consideran además otros aspectos como la dimensión de las plantillas o el presupuesto asignado a cada empresa. Sin embargo, desde el punto de vista español esta perspectiva resulta muy sugerente. Sobre todo porque permite confrontar un modelo con problemas, pero sólido y asentado (el de la BBC), con otro que hasta hoy mismo sigue buscando una identidad propia.

Estas diferencias se perciben además claramente en las conclusiones obtenidas por este trabajo de investigación. Los periodistas y muy especialmente la audiencia de TVE entienden que no se alcanza el nivel de calidad e independencia exigible a los informativos de una televisión pública concebida como servicio público. Como mucho se admite que este modelo restringe ciertos contenidos asociados a la llamada “telebasura” (habitual en cadenas privadas). Tampoco entre los periodistas de la televisión pública española se logra el consenso alcanzado en la BBC. Así pues, la visión crítica, en relación con la idea de servicio público, es mayor entre la audiencia y los profesiones de TVE.

Lo anterior viene a sugerir la posibilidad de que la BBC sea el referente que busca TVE. Puede resultar muy útil la experiencia británica, sostienen los autores, pero no necesariamente debe la televisión pública española imitar ese modelo. No al menos en todos sus aspectos esenciales (el sistema del canon, por ejemplo). Sí hay una cuestión en la que la distancia que separa a los informativos de la BBC y de TVE sigue siendo muy notoria: la percepción de parcialidad informativa. Según esta investigación, los españoles continúan reclamando más independencia. Hasta el punto de que los autores del texto incluyen la siguiente recomendación en el capítulo de conclusiones: “Dentro de la mejora de la calidad periodística, el reto que parece más urgente es el relativo a la percibida parcialidad de los informativos con respecto al gobierno en el poder. TVE debe desligarse de lo gubernamental e ir día a día, informativo tras informativo, marcando hitos que permitan al público percibir una desvinculación total del partido en el poder”. Tanto este fragmento como muchos otros párrafos del libro insisten en que el problema fundamental se sitúa en la “percepción” de la audiencia, y que, en consecuencia, TVE debe esforzarse aún más para cambiar esa opinión tan arraigada.

Por último, merece la pena destacar el valor de este trabajo de investigación como herramienta para conectar no solo distintos modelos de televisiones públicas (el británico y el español), sino también a productores y a consumidores de información. Este planteamiento permite con frecuencia descubrir el abismo que separa a quienes elaboran noticias y a quienes las reciben en sus televisores. Un abismo que nace generalmente de la falta de comunicación. De ahí que esta clase de trabajos resulte tan sugerente y estimable.

Francisco Javier MAYORAL SÁNCHEZ  
Universidad Complutense de Madrid